

suma, de Tosa, de Aki, de Owari y de Echisen, á la cabeza de sus tropas, se apoderaron del Palacio Imperial, arrojando de allí á las del Príncipe de Aidsu que lo guardaban. Rodearon al Emperador de partidarios suyos, y obtuvieron de este un decreto aboliendo el Taikunado «para que todo quedase conforme á la constitucion establecida por Dgin-mu-ten-no; para que los nobles y las clases militares, sin distincion de rangos, se consagrasen á discutir de una manera conveniente los asuntos públicos, y para que cada uno se ejercitase en desechar el amor arraigado del lujo y de la ociosidad, y dirijiese todos sus esfuerzos al bien del país.» Se permitió despues que Chóshiu y sus tropas entrasen á la capital, y se devolvieron á este dáimio todos sus honores.

Kéiki, entretanto, reunió en la Ciudadela de Nidgió á sus principales partidarios, á cuya cabeza figuraba Aidsu, y despues de conferenciar con ellos, dirijió una exposicion á la Corte manifestándole que, conforme á sus primeras órdenes, continuaria ejerciendo el poder hasta que el Consejo de los Príncipes determinase cual debia ser la organizacion futura del Gobierno.

Este principio de rebelion contra los últimos decretos del Mikado, se convirtió en rebelion abierta por los consejos belicosos de Aidsu. Kéiki se retiró á Osaka con todas sus tropas, á fin de apoderarse militarmente de la principal línea de comunicacion que tenia la capital. La Corte en respuesta á este acto de hostilidad, prohibió á Aidsu, Kuwana y sus fuerzas la entrada á Kioto, considerándolas ya como rebeldes.

En Osaka recibió el ex-Shogun á los ministros extranjeros; y á la pregunta que estos le hicieron respecto de la autoridad con quien en lo sucesivo deberian entenderse, contestó refiriendo sus primeras intenciones pacíficas, la falta á lo estipulado por parte de los que rodeaban al Emperador, y por último que él seguiria al frente de los negocios hasta que la Junta de los Dáimios resolviese la cuestion pendiente.

Llegadas las cosas á este extremo, la Corte comprendió sin duda que habia procedido con imprudencia, é intentó volverlas al terreno de las negociaciones. Envió emisarios á Kéiki invitándolo á dejar su actitud hostil, y ofreciéndole un puesto elevado; pero el ex-Taikun, con la experiencia adquirida, no debió tener confianza en estas nuevas promesas, y aunque expresó otra vez sus rectas intenciones, insistió en el cumplimiento de los primeros convenios. En seguida, por instigacion de sus

partidarios, se decidió á marchar sobre Kioto en son de guerra para libertar al jóven Emperador de sus nuevos consejeros.

Las tropas de Kioto, que desde entónces se llamaron «ejército leal,» y apellidaban á las de Kéiki «ejército rebelde,» tomaron posiciones cerca de la capital en el camino de Osaka. Aunque inferiores en número, eran superiores á las rebeldes por su artillería, de modo que éstas fueron rechazadas en los primeros encuentros, y poco despues sorprendidas por el ejército leal. Por otra parte, algunas fuerzas del ex-Shogun se pasaron á las del Emperador, de donde resultó una série de derrotas que obligaron á Kéiki á retroceder de nuevo hasta Osaka.

La desmoralizacion de sus soldados no le permitió resistir allí otro ataque, y en la noche del 31 de Enero, saliéndose de la ciudad, pasó sin ser conocido á bordo de un buque americano, y despues pudo ganar uno de sus propios vapores en el que se dirijió á Yedo. Entretanto, las tropas imperiales ocuparon á Osaka, y atacaron y redujeron á cenizas su antiguo castillo.

Apenas habia llegado el ex-Shogun á Yedo, cuando un noble de sus principales consejeros, Hori-Kura-no-Kami, le manifestó su opinion de que debia abrirse el vientre, pues solo la muerte podria salvar el honor de la familia Tokú-Gawa; y en prueba de que obraba por motivos desinteresados, prometió Hori suicidarse al mismo tiempo que su señor. Kéiki, sin embargo, no creyó que habia llegado el caso del hara-kiri; y entónces Hori se retiró á otra habitacion del Palacio, y llamando á sus subordinados, se destripó con toda solemnidad en su presencia. «Es imposible dejar de admirar,» dice Mr. Adams, «el heroismo y los delicados sentimientos de honor de este hombre, que con entera calma se destripó, considerando que la vida no era ya soportable despues de ofuscado el esplendor de la casa, y que se habria creído deshonorado si no hubiera cometido el mismo acto que se habia atrevido á aconsejar á su gefe.»

La Corte de Kioto no permanecia inactiva. Con motivo de la festividad con que celebró la mayor edad del Mikado y su toma de posesion del Gobierno, expidió proclamas ofreciendo la amnistía por los delitos pasados, con excepcion de las personas que continuasen en las filas de los rebeldes. Al mismo tiempo declaró la guerra á Kéiki, acusándolo de traicion por haber renunciado al poder solo en apariencia y haber enviado despues tropas sobre la capital. El jóven Emperador dirijió tam-

bien una nota á los diplomáticos extranjeros participándoles el fin del Taikunado, ratificando los tratados y avisándoles que el título de «Emperador» debería reemplazar al de «Taikun» en los mismos tratados. Publicó á la vez una proclama anunciando á su pueblo que «había resuelto conservar tratados de amistad con las Potencias Extranjeras; que la voluntad imperial quería que nobles y plebeyos caminasen de acuerdo en este sentido, para hacer brillar la gloria nacional entre todas las naciones; y que desde los dáimios hasta los samurai, y desde estos hasta el pueblo, debían cooperar con la mayor diligencia al mismo fin.»

Una manifestacion semejante hicieron públicamente los principales nobles, «reconociendo el error de cerrar el país á los extranjeros;» aconsejando que «se cultivasen con ellos relaciones de amistad, y que ya no se les designase con palabras despreciativas;» y finalmente, que «era necesario establecer para lo futuro un Gobierno fuerte.» Un decreto imperial prohíbe poco despues, bajo penas severas, ofender de cualquiera manera á los extranjeros, y manda que, en caso de ofensa contra ellos, los individuos pertenecientes á las clases privilegiadas sufran previamente la degradacion, y en seguida el castigo correspondiente al delito.

Casi desde ese momento cesan los actos de hostilidad contra los extranjeros, ó por lo ménos toman el carácter de conflictos puramente accidentales, y á veces provocados por los extranjeros mismos, que á menudo no manifiestan suficiente prudencia y política para respetar las costumbres japonesas. Esta completa trasformacion de las antiguas ideas, y aun la corta duracion que debia tener la guerra civil, á pesar de que la rebelion representaba intereses creados durante 700 años por la institucion del Taikunado, son á la verdad sorprendentes, y prueban de la manera mas palpable el buen juicio, el valor y la docilidad del pueblo japonés.

Sin dejar de proseguir activamente la guerra contra los rebeldes, el joven monarca inaugura su reinado con el juramento del «Pacto de los Cinco Artículos,» base de la nueva constitucion del Estado, y que contiene la promesa de importantísimas reformas. (*) Se hace mas accesible, se deja ver

(*) El «Pacto de los Cinco Artículos,» jurado por el Emperador en Kioto el tercer mes del primer año de Meidgi, en presencia del Príncipe de Nabéshima, de los *Kugue* ó nobles de la Corte y de los dáimios, no se halla en la obra de Mr. Adams; pero se publicó en el *Journal des Débats* de Paris, durante mi residencia en esa ciudad. Es el siguiente: «1º Provocar reuniones generales en todos los puntos del Imperio para discutir los negocios públicos, que serán decretados en seguida por el Gobierno. (Derecho

de su pueblo y sale personalmente á pasar las revistas de su ejército y de su escuadra. Poco tiempo mas tarde, expide un nuevo decreto aboliendo las exajeradas manifestaciones exteriores de respeto á su persona.

Mientras se proclamaban en Kioto estas reformas, la antigua capital del Taikun presenciaba un espectáculo no ménos digno de admiracion: Kéiki desistia públicamente de sus pretensiones al poder. Aunque arrastrado al principio de la lucha por las sugestiones belicosas de Aidsu y demas partidarios del Shogunado, sus pocas esperanzas de buen éxito, ó su antiguo patriotismo, se sobrepusieron á las ideas de ambicion. Dió entónces órdenes á Katso-Awa, gefe de sus fuerzas, para que estas depusieran las armas, y para que «las dirigieran contra él mismo, mas bien que dirigirlas contra las tropas imperiales.» En seguida salió del Castillo y se retiró al monasterio de Ueno.

Sin embargo, muchos de sus partidarios no obedecieron esta orden, y tanto en Yedo como en otros varios puntos continuaron la guerra, formándose una coalicion de las provincias septentrionales y orientales contra las meridionales y occidentales, que desde mucho tiempo atras querian la abolicion del Taikunado. El ejército imperial ocupó en Abril de 1868 los fuertes y la bahía de Yedo, é intimó rendicion al gefe que estaba aun en posesion del Castillo de los Taikunes, prometiendo á Kéiki y á la familia Toku-Gawa el perdon de la pena de muerte en que habian incurrido por tomar las armas contra su soberano, y conmutándola en la de confinamiento á Mito.

El ex-Taikun se sometió á esta sentencia y partió desde luego para el lugar de su destierro. Las tropas que ocupaban el Castillo se rindieron, con excepcion de unos 2500 hombres que huyeron hácia el Norte. La escuadra de Kéiki permaneció en su fondeadero de Shinagawa negociando los términos de su rendicion, y las fuerzas de Aidsu se retiraron á su montañoso país, con el fin de proseguir la guerra.

Despues de la rendicion del Castillo, la ciudad de Yedo quedó gobernada militarmente por las tropas leales, miéntras que la administracion

de reunion y discusion.)—2º Union de todos, sin distincion de grandes ni pequeños, para la mayor prosperidad del país. (Fraternidad.)—3º Unidad de Gobierno y libertad individual.—4º Abolicion de los usos no conformes con los principios de la moral universal.—5º Buscar la mejor forma de Gobierno y proclamarla.»

Restablecida la paz y consolidado el Gobierno, el Emperador ha empezado ya á cumplir sus juramentos. En Marzo de 1875 promovió en Osaka una Junta de dignatarios, de la que resultó la creacion del Senado y de la Corte de Justicia.

municipal estaba todavía en manos de los partidarios de la familia Tokugawa. La heterogeneidad de autoridades por una parte, y por otra el descontento de los vencidos, ocasionado por los castigos que se impusieron á sus principales gefes y por la pobreza á que de pronto quedaron reducidos, produjeron un nuevo alzamiento en la ciudad. Los descontentos se reunieron y se hicieron fuertes en el gran templo de Ueno. Los imperialistas los atacaron allí, y despues de una vigorosa resistencia, fueron derrotados los rebeldes, gracias á la buena artillería de los asaltantes. El magnífico templo quedó reducido á escombros y cenizas.

A pesar de todos estos desastres, seguia la guerra en las provincias del Norte y del Este, dirigidas principalmente por Aidsu y Sendai. Muchos combates tuvieron lugar, por lo general favorables á los imperialistas, quienes iban ganando terreno sobre la coalicion. Hacia la mitad del año, el grueso del ejército leal concentró todas sus fuerzas para obrar contra el Príncipe de Aidsu, que era el caudillo mas importante de la rebelion. A fines de Octubre el ejército imperial puso sitio al Castillo de Wakamátsu, último reducto de Aidsu y su partido. Pocos dias despues, el fuerte capituló, y una vez destruido el principal foco de la revolucion, los demas dáimios fueron sucesivamente deponiendo las armas, quedando así casi terminada la guerra civil, que tan amenazadora se habia presentado al principio.

Solo quedaba por someter la isla de Yeso, en donde una fraccion de los descontentos habia acometido la loca empresa de establecer una República. Segun se recordará, dejamos á la escuadrada del ex-Taikun en Shinagawa negociando su rendicion. Constaba de 8 á 10 vapores de guerra y trasportes, con poco mas de 3000 hombres. Repentinamente desapareció de su fondeadero, y bajo el mando de Enomoto Kamayiro y de algunos oficiales franceses aventureros, se dirigió á la isla de Yeso, hoy Hokaido. Ocupó allí el puerto de Hakodate, desembarcó á su gente, ya reforzada con muchos de los revolucionarios, y se apoderó de otras poblaciones del interior. En seguida proclamó la República á fines de 1868 ó principios de 1869.

La escuadra imperial no pudo estar lista para operar sobre Hokaido sino hasta el 21 de Abril de 1869. Constaba de siete vapores, á los cuales se reunieron otros ingleses y franceses con el fin de proteger á sus nacionales. En Mayo efectuó algunos desembarcos y derrotó á los rebel-

des en varios encuentros. Poco á poco fueron estos perdiendo sus conquistas, y reducidos finalmente á la plaza de Hakodate, se rindieron despues de algunos combates navales. Los aventureros franceses, instructores ó instigadores de los revolucionarios, se entregaron prisioneros en un buque de su nacion, y reclamados por su ministro, fueron enviados presos á Saigon.

Destruida felizmente la revolucion armada, era palpable la necesidad de organizar un Gobierno fuertemente centralizado, para restablecer en el país la cohesion, relajada del todo en aquella época por el régimen feudal. Gobernadas hasta entónces las provincias por Príncipes poderosos y casi independientes, se habia creado un orden de cosas incompatible con la unidad de la nacion y que constituia ademas una continúa amenaza de nuevas guerras civiles. Indispensable era, pues, cambiar de una vez y radicalmente este sistema. Comprendieronlo así los dáimios; la reaccion en favor de un solo Gobierno central se propagó y se generalizó entre ellos; y una vez aceptado este gran principio de progreso, les sugirió una de las mas bellas y nobles acciones que puede registrar la historia.

Los Príncipes de Satsuma, de Chóshiu, de Tosa y de Hísen, presentaron al Emperador un memorial ofreciéndole sus riquezas, sus propiedades y sus súbditos, con el fin de robustecer al Gobierno central. Los demas dáimios siguieron el ejemplo de estos, en tan gran mayoría, que de cosa de 300 magnates que contaba el Japon, solo 17 dejaron de proponer al soberano la devolucion de sus feudos.

El Mikado aceptó estas ofertas, considerándolas unánimes, pues no exceptuó de la devolucion á la insignificante minoría de los nobles. Dispuso que los antiguos dáimios continuasen al frente de sus provincias, aunque solo en calidad de simples gobernadores, y se reservó el derecho de aprobacion de los empleos hasta entónces conferidos; ordenó que se hiciesen nuevos censos para distribuir de una manera mas equitativa la propiedad territorial; y por último, abolió los títulos de «dáimio» (señor feudal) y de «kugué (noble de la Corte), reemplazándolos con el de (kasoku) (familia noble). El régimen feudal quedó, en fin, definitivamente destruido.

Desde Noviembre de 1868 habia abandonado el Emperador su antigua capital de Kioto, no sin algun disgusto por parte de sus habitantes,